

**D**URANTE los diecisiete años de acuerdos ejecutivos de cooperación militar con los Estados Unidos, España ha estado presionando y esperando hasta conseguir que estos acuerdos tuvieran carácter de tratado entre Estados. El mismo José María de Areilza que, siendo embajador de España en Washington, consiguió las fórmulas de cooperación —es decir, la utilización por los Estados Unidos de bases en territorio español— ha sido quien, ministro de Asuntos Exteriores, ha firmado el tratado que aún ha de ser ratificado por el Congreso de Estados Unidos y por las Cortes Españolas: Kissinger está seguro de que conseguirá la mayoría de dos tercios que necesita, y Areilza no tiene motivos para dudar de la confirmación por parte de las Cortes, aunque quizá se oigan algunas cosas importantes en el debate que a todas luces debe preceder a la ratificación. Hay procuradores que están deseando hacer carrera en la oposición. Entre una y otra intervención, el señor Areilza ha permanecido algún tiempo en una oposición dorada, con alguna brillante molestia como la que precisamente le ocasionó su gestión con el anterior secretario de Estado de los Estados Unidos acerca de las relaciones con España. Se dice que esto pesa en la concesión del tratado hecha por los Estados Unidos y la seguridad de que lo ratifique su Congreso: que no se firma un tratado con el régimen anterior, que parecía antidemocrático, sino con el actual, que parece que al menos lo intenta. Para algunos observadores, supone un espaldarazo al primer Gobierno del Rey, y a sus intenciones. Es decir, una manera de respaldar lo que podrían ser las nuevas maneras del régimen. La verdad es que en sus alianzas y en sus intervenciones con el exterior los Estados Unidos nunca han tenido demasiados escrúpulos en la naturaleza democrática de sus constituciones, en los matices de interpretación de la declaración de derechos del hombre o en la extensión de sus libertades.

La cuestión, simplemente, se presenta de otra manera. Los Estados Unidos atraviesan, como es patente, una segunda crisis de guerra fría. Les inquieta un cierto renacer del comunismo en Europa. Les inquieta que la OTAN puede llegar a estar minada desde dentro. Ya



Uno de los hechos más concretos de la real democratización española hubiese sido un amplio debate nacional sobre el alcance del tratado con USA, sobre la existencia de las bases y los riesgos que entrañan. En la foto, Kissinger con Areilza y el presidente del Gobierno.

## ¿VENTA DE UN FUTURO?

se encontraron con el problema de Portugal, miembro de la OTAN, pero con ministros comunistas en el Gobierno. Algo así podría llegar a pasar, antes o después, con otros países. No está excluido, ni mucho menos, que cualquier día los comunistas italianos, que están acumulando victoria tras victoria en todos los "tests" electorales, pudieran tener uno o varios ministros en el Gobierno. No es nada difícil que una victoria de la unión de la izquierda en Francia pudiese ocasionar una situación similar. Por otras razones, la OTAN está perdiendo bases en Turquía y en Grecia, países donde tampoco se puede excluir, aunque por ahora no sea visible, alguna mayor fuerza de los partidos comunistas. Los estrategas del Pentágono ven una quiebra, una falla seria en el flanco Sur.

Los comunistas europeos de ahora no son los de antes, no son los de la época del Plan Marshall y los primeros pasos de la OTAN, que eran luchadores aguerridos en la resistencia,

militantes confiados en el internacionalismo soviético, revolucionaristas convencidos. Muchos de ellos, en muchos países, hablan visto la posibilidad de pasar directamente de la ocupación alemana nazi a la República soviética: la verdad es que eso sólo sucedió en algunos países como consecuencia del reparto del mundo en las grandes conferencias globales de los vencedores. En Yalta, en Potsdam. Los comunistas de hoy son más dúctiles, más políticos; marcan sus diferencias —considerables— con el régimen soviético, incluso con las líneas generales doctrinales elaboradas por los teóricos de Moscú. En Francia, en Italia, han advertido ya que su batalla contra las bases americanas hablan cesado, y que respetarían los acuerdos internacionales de sus Estados. Pero nada de esto convence ni tranquiliza a los Estados Unidos. El pensamiento político militar es siempre muy conservador. Nada, tampoco, convence ni tranquiliza a los grupos de

poder en España. España sigue siendo uno de los primeros países anticomunistas del mundo, sin duda el primer país anticomunista de Europa. Las declaraciones gubernamentales, colectivas o privadas, no dejan de mencionarlo así, a veces incluso sin ninguna necesidad. El tratado con los Estados Unidos reúne así dos países anticomunistas que se fijan en una zona determinada de influencia. La modificación sensible de la línea política de Portugal hacia el atlantismo es otra baza importante para el Pentágono y el Departamento de Estado. Torrejón, Morón, Zaragoza, Rota, son ahora bases anticomunistas de utilidad para los dos Gobiernos.

Pero pueden tener otras utilidades. Desde esas bases podría ejercer Estados Unidos su acción sobre otros puntos bélicos del mundo que España no tendría interés en ver modificados. Por ejemplo, en Israel. Ya la idea expuesta por Areilza de que España puede reconocer a Israel es un cambio de alianzas en



favor de los intereses de Estados Unidos; también en favor de Estados Unidos jugó el brusco cambio de actitud en el Sahara, con una solución en favor de las tesis marroquíes (americanistas) y en contra de las argelinas. No sabemos si este tratado tendrá previstas consultas o autorizaciones en favor de una interdicción española en la utilización de las bases conjuntas; el secreto con que se ha negociado el tratado y el texto mismo no permite juzgarlo. (También se ignora si hay cláusulas secretas.)

España ha hecho bastantes concesiones. Una de ellas es la del mantenimiento de todas las bases actuales (se dijo, durante el Gobierno anterior, que algunas serían cerradas) y de la totalidad (¿o el incremento?) del personal americano en España (unos diez mil hombres en la actualidad). Otra cesión es la rebaja de la cantidad de ayuda y créditos, calculados ahora en mil doscientos millones de dólares, en lugar de los dos mil millones que se solicitaban originalmente.

El riesgo, a cambio, es el de un castigo nuclear sobre España en el caso de una guerra, a pesar de la indicación de que en España no habrá armas nucleares; el enemigo no tiene por qué aceptarlo y, aun aceptándolo, las cosas siguen siendo lo suficientemente importantes como para convertirse en objetivo. Es un riesgo lo suficientemente importante como para que un tratado de esta envergadura se hubiese consultado de alguna forma al pueblo o, al menos, que se hubiese aguardado a tener unas Cortes más representativas capaces de discutirlo con mayor amplitud que las actuales. La hipoteca sobre el futuro es tremenda. En estos momentos no parece haber riesgos de guerra; pero puede haberlos en cualquier momento. Según parece, el tratado considera que en el caso de que uno de los dos países fuese agredido por un tercero, el segundo firmante no tendría obligación legal de realizar una intervención militar en su favor. La correspondencia mutua de esta cláusula es puramente imaginaria. Estados Unidos podrían o no intervenir a favor de España si ésta fuese atacada; pero España no tendría opción en caso de guerra atómica. Aun cuando quisiera permanecer neutral, el enemigo no podría dejar intactas las importantes bases de esta plataforma. Esta

visión de lo que podría ser el futuro la tuvo ya el general De Gaulle cuando eliminó de su territorio las bases de la OTAN. Y algo de ello se ha dicho en Asia cuando los Estados Unidos se han retirado de Indochina, o cuando dejaron sin socorro al Pakistán, al que estaban unidos por un tratado formal multilateral, cuando entró en guerra con India y fue vencido.

Otra incomodidad para España en este tratado es que se haga al margen de la OTAN. Esto no corresponde al deseo de muchos de los grupos del poder, que preferían la entrada en la organización atlántica, con una serie de participaciones en las decisiones colectivas, que esta forma de tratado bilateral, que tiende a obligar a aceptar los sistemas defensivos de la OTAN sin participar en sus decisiones. Por ejemplo, no está claro que España pueda opinar —con valor de voto— en las decisiones militares que se tomen con respecto al Mediterráneo, que tanto le interesa y le importa, pero sin duda el tratado le va a obligar a participar en esas decisiones. La OTAN, sin embargo, no parece tan bien dispuesta como los Estados Unidos a la aceptación de este compañero español: si a Estados Unidos le bastan las promesas de democratización, a la OTAN —por la naturaleza misma de algunos de los países que la forman— le interesarían hechos más concretos. La idea de que este tratado abre un puente de la OTAN no está tan clara.

Uno de los hechos más concretos de la real democratización española hubiese sido un amplio debate nacional sobre el alcance de este tratado, sobre la existencia misma de las bases, sobre los riesgos que pueden ocasionar en el futuro, sobre la realidad de los beneficios económicos que el tratado puede traer al pueblo español. Un debate, no sólo en las Cortes, sino en una amplia campaña de información; quizá un referéndum o, por lo menos, una discusión amplia sobre el tratado y las líneas generales de la política exterior en el ámbito de las Cortes. Más bien de otras Cortes que de las actuales.

No ha sido así, y una vez más tenemos que aceptar un hecho que a todos nos afecta muy directamente, muy vitalmente, sin habernos podido expresar y sin siquiera conocer a fondo las cláusulas que nos obligan, y en qué condiciones nos obligan.

U. S. A.-ESPAÑA

## El padrino político

● La historia de los "acuerdos" entre España y los Estados Unidos es más bien la historia de los "desacuerdos" perfectamente instrumentalizados por los bandos desacordados. Los Estados Unidos han sabido sacar partido del aislamiento diplomático del Régimen y el Régimen ha conseguido el patrocinio internacional norteamericano a cambio de seguir siendo franquista, es decir, reserva espiritual de Occidente. No sólo eso se ha dado a cambio. El Régimen cedió a un precio baratísimo parte del territorio español y convirtió este país en una jaula inversionista por la baratura congelada de la mano de obra nativa, en teoría escasamente conflictiva por las duras condiciones de represión padecidas por el movimiento obrero.

A comienzos de los años cincuenta, entre Estados Unidos y el Vaticano ayudaron a apuntalar la situación española tanto en su proyección exterior como en su coherencia interior. El pacto hispano-norteamericano y el Concordato integraron en un consensus expectante a amplios sectores de la burguesía que empezaban a moverse para recuperar el poder político que habían hipotecado durante la guerra civil, conscientes de que era necesario un poder de excepción para hacer frente a los avances de la izquierda. Muchos

conversos liberales recorrieron el vía crucis de los años cincuenta a la espera del maná democrático norteamericano, maná que llegó a través de un cuentagotas celestial no manejado precisamente por Washington. La "democratización" desde arriba y desde fuera, inútilmente esperada desde que las fuerzas del Eje perdieron la segunda guerra mundial, fue una esperanza bien instrumentalizada por el franquismo para ganar tiempo, retrasar el recibo de factura política de la burguesía dinámica y seguir ejerciendo un poder de excepción represivo de toda fuerza social y política situable entre Gil Robles incluido y el Partido Comunista de España. Cuando subió Kennedy al poder de nuevo se especuló sobre la urgencia de la democratización desde arriba y desde fuera. El crecimiento de la oposición obrera, estudiantil, cultural a partir de 1962 ya demostró que la democratización más tarde o más temprano iba a venir desde abajo, pero el cauto liberalismo español seguía esperando el maná, y una y otra vez comprobó que ni la vida ni la Historia suelen ser como las esperábamos.

Si los acuerdos de los años cincuenta se hicieron sobre el principio fundamental de buscar un padrino para un sistema político difícilmente homologable, la prórroga de los acuerdos y su



El nuevo acuerdo firmado por España sigue teniendo acentos de "Sí, señor". Sobre estas líneas, Kissinger, entre los ministros de Gobernación y Exteriores.